

## EL EMPRESARIO COMO PROTAGONISTA EN VEBLÉN Y SCHUMPETER\*

---

**FRANCO FERRAROTTI\*\***

---

### I

**D**e acuerdo con Carlos Marx, las clases trabajadoras tienen la llave de la liberación humana. Sin embargo, y contrario a la malinterpretación generalizada, Marx no ennoblece ni sentimentaliza al proletariado, ni en general ni como actores individuales. De hecho, a fin de distinguirse de quienes propusieron las ideologías de la utopía o del socialismo voluntarista, Marx y Engels fueron rigurosos al mantener una distancia analítica respecto de su objeto de estudio, lo cual tuvo como resultado un punto de vista que consideraron más sobrio, científico y realista. Por ejemplo, Marx señala que al lograrse las innovaciones técnicas que permitieron estandarizar y mejorar la eficiencia productiva —como la automatización del telar manual o el diseño del batán flexible—, los empleadores no tardaron en movilizarse para remplazar a los antiguos trabajadores por mujeres, un “material humano” supuestamente más maleable y manipulable. La baja e insensible respuesta de los hombres trabajadores fue asumir la nueva función de comerciantes de esclavas, ansiosos por “vender” a sus esposas e hijas a las fábricas para luego irse al bar local.

---

\* Título original en inglés: “The Businessman as Protagonist in Veblen and Schumpeter”, artículo publicado en *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 13, núm. 2, 1999, pp. 241-248. Autorizada su publicación en *Problemas del Desarrollo* por el Senior Editor, Arthur J. Vidich, del *International Journal of Politics, Culture and Society*.

\*\* Recibió la primera cátedra de Sociología establecida en el sistema universitario italiano en 1960. Actualmente es profesor en la Universidad “La Sapienza”, en Roma.

En un primer plano, un ejemplo como el anterior nos ilustra cómo Marx no estaba dispuesto a adherirse a la orientación estrictamente teórica de Hegel, del cual era sin duda un lector atento. También ofrece evidencia de la inusual habilidad de Marx para relacionar de forma creativa ciertos aspectos de la vida social, que el "sentido común" consideraría completamente ajenos o irrelevantes entre sí. Por lo tanto, resulta curioso que Marx no aplicara esta habilidad a las acciones de los capitalistas. De hecho, aunque escribió mucho acerca de la estructura y operaciones del capitalismo como sistema, los capitalistas pocas veces llegan a aparecer como actores sociales. Incluso cuando Marx analiza las contradicciones internas de la producción capitalista —el cortocircuito provocado por maximizar las ganancias por medio de la sobreproducción y el concomitante subconsumo derivado de los salarios decrecientes—, los agentes y protagonistas del proceso permanecen callados y anónimos en el fondo de la escena.

Marx pretendió que su enfoque para entender el capitalismo fuera científico e impersonal, siguiendo lo que Veblen llamó una "lógica mecanicista", exenta de animismo y antropomorfismo. No lo logró del todo, por lo menos en opinión de Veblen, pues su análisis conservaba una especie de ímpetu animista, arraigado en los aspectos teleológicos del materialismo histórico, a los cuales Veblen opuso una noción darwiniana del desarrollo social como una secuencia ciegamente acumulativa. Los comentarios de Veblen acerca del marxismo constituyen un buen punto de partida para examinar su propia concepción del actor capitalista y su función social.

De manera casi exclusiva entre los intelectuales estadounidenses de su época, Veblen demostró un impresionante entendimiento de la naturaleza multifacética y la complejidad del marxismo como sistema.<sup>1</sup> Comprendió que la crítica fragmentaria no sería efectiva porque no lograría atacar la estructura lógica fundamental del marxismo: su armazón de dialéctica hegeliana.<sup>2</sup> Veblen sostiene que "si no es como un todo y a la luz de sus propios postulados y metas, el sistema marxista no sólo no es sostenible, sino que ni siquiera es inteligible. Discutir acerca de algún rasgo aislado del sistema (como la teoría del valor) desde el punto de vista de la

1 Véase especialmente "Some Neglected Points in the Theory of Socialism" y "The Socialist Economics of Karl Marx and his Followers", ambos reimpresos en Thorstein Veblen, *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays*, Nueva York, Russell and Russell, 1961.

2 Lo que comprendió Veblen a este respecto está apoyado también por Lenin en *Cahiers sur la Dialectique de Hegel*, París, 1938, p. 175: "Aphorisme. On ne peut comprendre le *Capital* de Marx et en particulier son premier chapitre sans avoir étudié et compris toute la *Logique* de Hegel. Donc, pas un marxiste n'a compris Marx un demi-siècle après lui..." ("No es posible entender *El capital* de Marx, y en particular su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido toda la *Lógica* de Hegel. Por lo tanto, medio siglo después, ningún marxista ha entendido a Marx). [N. del T.]

economía clásica (como la de Böhm-Bawerck) es tan inútil como hablar de sólidos usando sólo dos dimensiones".<sup>3</sup>

A los marxistas dedicados les ha costado mucho enfrentarse a la crítica de Veblen en términos intelectuales, por lo que la mayoría ha preferido atacar la autoridad de Veblen y no sus argumentos. Por ejemplo, en una discusión sobre *The Theory of the Leisure Class*, Paul Baran se contentó con descalificar a Veblen por considerarlo un "teórico burgués" y un "historiador burgués". Baran escribió que

al igual que otros teóricos burgueses, Veblen se vale de invocar el *dei ex machina* como medio último de interpretación y, nuevamente, como ocurre con la mayoría de los historiadores burgueses, los últimos recursos con los que juzga Veblen siempre son de carácter biológico o psicológico, siempre tienen algo que ver con las características raciales "básicas" de los hombres o con la no menos "fundamental" estructura de sus motivaciones. [...] Veblen nunca abandona su aparato biológico-psicológico [...].<sup>4</sup>

Paul M. Sweezy, colaborador de Baran, consideró que Veblen era sólo "un teórico que se ocupó casi exclusivamente de generalidades y apenas introdujo estadísticas en sus escritos [...]"; aunque reconoce que "su diagnóstico general del 'estado de la nación' es [...] sorprendentemente atinado y, por lo demás, más relevante para 1957 que para 1904 o 1923".<sup>5</sup> Se podría agregar que quizás es aún más relevante para 1999.

De acuerdo con Marx, la energía productiva de los seres humanos genera un excedente del cual los capitalistas se apropian o roban y luego reinvierten para su propio y exclusivo beneficio. Según Veblen, este argumento de Marx presupone un racionalismo de motivos personales que quizás "entraría en una secuencia de consistencia lógica". Sin embargo, esta "secuencia teórica romántica (marxista)" ha sido intelectualmente impuesta por el teórico. Como tal, es "en esencia una secuencia intelectual y, por lo tanto, tiene carácter teleológico".<sup>6</sup>

Veblen alega que no es seguro que los seres humanos utilizaran el excedente de forma racional. A este respecto, la posición de Veblen está más cerca de Vilfredo Pareto que de Marx. Aun sin la ventaja de haber leído a Freud, reconoce que las expresiones irracionales del "despilfarro de ostentación" están acompañadas por motivaciones subliminales e "ingresos psíquicos" en forma de respetabilidad social.

3 Veblen, *op. cit.*, p. 410. Por cierto, Veblen (p. 428) también entendió, a finales del siglo XIX, algo que ni siquiera los marxistas contemporáneos han captado: que los dos volúmenes siguientes de *Das Kapital*, editados por Engels, "no agregan nada nuevo" al primero.

\*Hay versión en español: Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, trad. de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1963. [N. del T.]

4 Paul A. Baran, "The Theory of the Leisure Class", en *Monthly Review*, vol. 9, núm. 3-4, julio-agosto de 1957, pp. 85-86.

5 Paul M. Sweezy, "The Theory of the Business Enterprise and Absentee Ownership", en *Monthly Review*, vol. 9, núm. 3-4, julio-agosto de 1957, pp. 106-107.

6 Veblen, *op. cit.*, p. 436.

La crítica de Veblen al hedonismo económico y al supuesto racionalismo del *homo economicus* agudizó su percepción de las consecuencias imprevistas de los patrones de conducta irracional. Así, pudo anticipar, con sorprendente precisión, tanto la *Dialectics of Aufklärung* de Horkheimer y Adorno, como la crítica más amplia de la ilusoria racionalidad capitalista que constituye la espina dorsal de la escuela de Frankfurt. Entendió, por ejemplo, cómo las propensiones deportivas de las masas, cuyas pasiones y lealtades son captadas por los eventos deportivos masivos, pueden ser explotadas políticamente y manipuladas por dirigentes políticos versados en el arte bastante racional de la propaganda. Adorno descalificó a Veblen por considerarlo un grosero tecnócrata y un aborrecedor de la cultura como tal. Sin embargo, mucho antes de la escuela de Frankfurt, Veblen ya había identificado algunas expresiones específicas de la crisis de los valores del siglo XIX, tales como el concepto de *gran individuo* autosuficiente, y la noción weberiana de que hasta el jugador que apuesta en la bolsa de valores es racional, por lo menos en la medida en que sigue las leyes de la probabilidad.

## II

En sus críticas a Marx y en su propio trabajo sobre la operación del capitalismo como sistema, Veblen consideró claramente que las categorías abstractas y las concepciones económicas generales eran inadecuadas ya sea como explicaciones teóricas o como herramientas de análisis. En su concepción, la aceptación intelectual de tales abstracciones impediría el desarrollo de la economía como "ciencia evolutiva" e imposibilitaría el examen de estilos conductuales y de motivaciones psicológicas necesario para lograr una comprensión científica del capitalismo como fenómeno global dinámico. De hecho, sus críticas severas y advertencias a este respecto no están restringidas al trabajo de Marx, sino que se aplican igualmente ya sea al trabajo de otro economista contemporáneo de Veblen, Eugen Böhm-Bawerk, representante clásico de la "escuela de Austria", que también incluye personalidades como Friedrich August von Hayek y Ludwig von Mises. Como señaló Joseph Schumpeter, existe, de hecho, "cierto paralelismo entre Marx y Böhm-Bawerk".<sup>7</sup> Ambos estaban animados por una orientación científica en el sentido decimonónico, y ambos trataban de identificar las leyes generales que suponían gobernaban el proceso económico, pero ninguno de los dos dejaba en sus análisis lugar para considerar las motivaciones humanas, la psicología y los estados mentales. En cambio, uno de los grandes méritos del análisis de Veblen del capitalismo consiste en haber prestado atención especial a la figura histórica, las estructuras motivacionales y la función real del empresario.

<sup>7</sup> "Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung", Band. xxii, 1914, pp. 454-528.

Hablar del empresario tiene el riesgo de la imprecisión analítica, pues este término en realidad incorpora distintas funciones y orientaciones. Por ejemplo, un conjunto bastante aceptado de distinciones actuales entre empresarios incluye: 1) el capitalista, o dueño de capital; 2) el empresario, u hombre de ideas que busca una ganancia por medio de la innovación productiva, y 3) el gerente profesional, o administrador funcionalmente responsable. Ya en la década de 1890, Alfred Marshall, en su libro *Principles of Economics*, había subdividido el papel del empresario en tres funciones principales: la administración, la innovación y la toma de riesgos. Veblen va más allá al trazar una distinción entre el "capitán de la industria" y el "capitán de la empresa". El capitán de la industria, al cual ve personificado en el ingeniero, tiene un interés racional en el crecimiento. Por lo tanto, está intrínsecamente orientado hacia la comunidad y no tiende a restringir de manera artificial la producción y el comercio. El capitán de la empresa, en cambio, es esencialmente un *brasseur d'affaires*, un especulador que intenta "obtener algo a cambio de nada". En sentido histórico, corresponde al surgimiento del capitalismo puramente financiero o, según la tradición marxista, a la "última etapa del capitalismo", tal y como la plantean Lenin y Rudolf Hilferding. Aunque sociólogos y economistas han acusado a Veblen de hacer una distinción demasiado cruda, su relevancia actual se vuelve evidente con la globalización cada vez más profunda de la economía mundial.

Algunos de sus críticos utilizaron la ecuación del ingeniero con el capitán de la industria para denunciar todo el trabajo de Veblen como una justificación de la tecnocracia. Sin duda, la ecuación de Veblen de estos dos personajes es insostenible. No obstante, si bien todos los empresarios están intrincadamente vinculados con la cultura empresarial, Veblen insiste en que los empresarios dedicados al crecimiento económico racional (sean o no ingenieros) no deben ser confundidos con los especuladores que utilizan la producción para sus propios fines "dinásticos".

De acuerdo con Veblen, el desarrollo industrial moderno opera según una "lógica mecanicista" que está destinada a rebasar cualquier restricción basada en "derechos naturales". Incluso Adam Smith, cuando elaboró los fundamentos del liberalismo económico y exaltó el mercado como un árbitro casi perfecto entre individuos libres, ya se había quedado atrás en cuanto al requisito de lo que Veblen llama, con gran visión a futuro, "la era posmoderna". Veblen sugiere que quizás nuestros pies estén caminando sobre los terrenos de la modernidad, pero nuestras cabezas —leyes, costumbres e instituciones— se quedaron atrás y reflejan los hábitos y valores de la Edad Media. "La Revolución industrial", sostiene, "no está en el 'presente histórico' de Adam Smith, y su sistema de doctrinas económicas tampoco hace provisión alguna para ninguno de sus aspectos particulares. Lo que él pueda decir sobre el funcionamiento de la industria está concebido en términos de un orden de cosas más

antiguo que la industria mecanizada, que apenas estaba comenzando cuando él vivió.”<sup>8</sup>

Para Veblen, el problema fundamental al que se enfrenta el mundo actual se deriva de la “discrepancia entre empresa e industria”. En la práctica, sin embargo, esta “discrepancia” no es algún pequeño desequilibrio o un retraso en el desarrollo del tipo sugerido por la noción de atraso cultural de Ogburn, sino que en el mundo moderno “las industrias mecanizadas [...] están en una posición dominante [...]” y “el empresario [...] se ha convertido en una fuerza de control en la industria”.<sup>9</sup> Por otra parte, este empresario dominante no es un simple ingeniero. Sin duda entiende el proceso productivo y lo controla —generalmente delegando autoridad—, pero su control no se basa del todo en su experiencia. Por lo general, llegar a los niveles más altos de la administración empresarial también requiere vínculos familiares especiales, relaciones bancarias, viejos lazos escolares o alguna otra forma de contacto personal, que se acepta como garantía de lealtad, confianza, alianza ideológica y, a final de cuentas, activa complicidad operativa.

### III

La imagen que tiene Veblen del empresario no se parece en nada a la de Joseph Schumpeter, para quien el empresario no es ni un ingeniero ni el capitán de una empresa ni un burócrata empresarial, sino, más bien y necesariamente, un hombre de ideas, un innovador. A veces es un extraño, un hombre marginal, cuya marginalidad misma nutre su creatividad. En esencia, es un inventor. Fueron empresarios de este tipo quienes encabezaron la aparición de Polaroid, Xerox y, en épocas más recientes, Microsoft. Curiosamente, Schumpeter no pudo encontrar una palabra en inglés que captara su noción de empresario, de modo que decidió usar la palabra francesa *entrepreneur*. A veces también usa el término “promotor” [en inglés, *promoter*], aunque éste es engañoso, pues hace pensar en el propagandista o vendedor de productos ya existentes.

De acuerdo con Schumpeter, este empresario innovador, creativo e incluso subversivo y revolucionario es el principal responsable del desarrollo económico. Otras contribuciones, como las de los recursos materiales y los hábitos mentales tradicionales, tienen una importancia secundaria. En consecuencia, no todos los empresarios merecen el título de *entrepreneur*. En este sentido, es demasiado amplia la definición clásica de Jean Baptiste Say de que “la función empresarial consiste en unir y combinar

<sup>8</sup> Thorstein Veblen, *The Vested Interests and Common Man*, Nueva York, Augustus M. Kelley, 1969 (c. 1919), p. 27.

<sup>9</sup> Thorstein Veblen, *The Theory of Business Enterprise*, Nueva York, Augustus M. Kelley, 1965 (1904), cap. 1. (Hay versión en español: *Teoría de la empresa de negocios*, trad. de Carlos Alberto Tripodi, Buenos Aires, Eudeba, c. 1965).

a los diversos actores de la producción”, porque se le escapa la dimensión dinámica que para Schumpeter es el rasgo esencial de la actividad empresarial.

La idea de Say de desarrollo económico sigue conectada a la noción de “corriente circular de la vida económica” y por esto no reconoce el ingrediente adicional y necesario que es la ganancia, la cual resulta de innovaciones que interrumpen la “corriente” y rompen las rutinas establecidas en cualquier campo de la producción industrial. Un punto central para Schumpeter es que en la “corriente circular de la vida económica” no es posible generar verdaderas ganancias. Después de la producción y el consumo, se reanudan las condiciones económicas iniciales, por lo menos de acuerdo con la lógica de los modelos homeostáticos. Ni siquiera se acumulan los propios bienes de consumo. Más bien, “estos bienes se hallan generalmente en manos de vendedores al por menor y de consumidores, en la cantidad necesaria para hacer frente a las necesidades del momento”.<sup>10</sup> En la “corriente circular”, el capitalista típico vive bien y está tranquilo y satisfecho con la vida. Está familiarizado con otros como él, con los cuales hace negocios. A ninguno de ellos le gustan las sorpresas; prefieren que todo sea predecible. El *entrepreneur*, en cambio, se regodea en la novedad. No se contenta con ajustarse a las demandas del mercado, sino que él mismo crea nuevos mercados. Altera el mercado para sacarlo de su equilibrio estático y lanza desafíos dinámicos hacia los modos de pensar y hábitos establecidos. Schumpeter describe al *entrepreneur* en un tono casi romántico, como un himno al capitalista demiurgo de la economía.

Por supuesto, el desarrollo y evolución del empresario como actor social se han discutido ampliamente, pero Veblen fue de los primeros en describirlos en términos específicos. Escribió que

desde el comienzo de la era moderna, el estado de las artes industriales ha venido experimentando un cambio de tipo, lo que los seguidores de Mendel llamarían una “mutación”, y en el transcurso de esta mutación el trabajador y su parte en la conducción de la industria han sufrido una dislocación tan grande como la de cualquiera de los otros factores implicados. Pero debe reconocerse que también el tradicional dueño-patrón de la primera época moderna—tal y como aparecía en la mente de los doctrinarios del siglo XVIII—, ha pasado por el periodo de mutación y ha salido en un estado apenas mejor conservado [...] El dueño-patrón personal prácticamente ha desaparecido de las grandes industrias. Ahora su lugar está ocupado por una lista de valores corpora-

10 Joseph A. Schumpeter, *The Theory of Economic Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1961, p. 45 (p. 80 de la versión en español de Jesús Prados Arrarte, *Teoría del desenvolvimiento económico. Una investigación sobre ganancias, capital, crédito, interés y ciclo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944).

tivos y un equipo de funcionarios y empleados de la corporación, que ejercen un limitado poder de decisión.<sup>11</sup>

Schumpeter es menos analítico e insiste en que las ganancias son tanto el índice fundamental como el instrumento del desarrollo corporativo dinámico. En cuanto a esto es incisivo:

La ganancia del empresario no es una renta, como los rendimientos por las ventajas diferenciales en los elementos permanentes de un negocio; ni es un rendimiento del capital, de cualquier forma que pueda definirse al capital. [...] Queremos también recalcar que la ganancia no es el salario, a pesar de que la analogía sea tentadora. No es ciertamente un simple residuo; es la expresión del valor de lo que contribuye el empresario a la producción, en el mismo sentido que los salarios son la expresión en valor de lo que "produce" el obrero. No es ganancia de explotación, como tampoco lo son los salarios.<sup>12</sup>

El hecho de que Schumpeter coloque los salarios y las ganancias en el mismo nivel lo distingue sustancialmente de Veblen. Lo que para Schumpeter es resultado de una creatividad individual casi "carismática" es para Veblen producto de acciones astutas y a menudo fraudulentas por parte de capitanes de empresas. Con su análisis —sobre todo en *The Theory of Business Enterprise/Teoría de la empresa de negocios*—, Veblen destruye el aura romántica del *entrepreneur* de Schumpeter y demuestra que está fundamentado en la ingenuidad, cuando no en la subordinación a los intereses predominantes. Este último punto es una dogmática profesión de fe: "Sin desarrollo no hay ganancia, y sin ésta no hay desarrollo".<sup>13</sup>

Para desinflar este entusiasmo basta con plantear algunas sencillas preguntas al estilo de Veblen: ¿se trata de desarrollo o expansión?, ¿desarrollo y ganancia para quién?, ¿a costa de quién?, ¿para qué y a costa de qué? El cauteloso escepticismo de Veblen anticipa los debates actuales sobre los requisitos básicos de un sistema ecológico equilibrado. Al subrayar el conflicto entre una búsqueda de ganancias considerada en sentido limitado y una administración industrial eficiente y consciente de la comunidad, la posición de Veblen conserva una vitalidad y una urgencia muy actuales.

11 Thorstein Veblen, *The Vested Interests and Common Man*, op. cit., pp. 40-43. Véase también Franco Ferrarotti, *The Myth of Inevitable Progress*, Greenwood Press, 1985, pp. 99-108.

12 Joseph A. Schumpeter, op. cit., p. 153 (pp. 223-224 de la versión en español de J. Prados Arrarte).

13 *Ibid.*, p. 154 (p. 225 de la versión en español de J. Prados Arrarte).